

PIERO CALAMANDREI

Por el Dr. Carlo FURNO, Profesor de la Universidad de Perugia (Italia). Traducción del Dr. Niceto ALCALA-ZAMORA Y CASTILLO.

A Silvia, que fue la última alumna del abuelo Piero.

Como un presagio de inminente invierno, ha llegado también para nosotros (a todos nos alcanza, tarde o temprano) la estación de la vida que cabría llamar la del llanto: cuando, una tras otra, la muerte nos arrebató a las personas que nos hicieron como somos, que nos han animado con su cariño, nutrido con su fe y enriquecido con su sabiduría. Su desaparición significa que nuestra trinchera se encuentra ahora en la línea de fuego: ninguna otra defensa está delante de nosotros; nadie nos advertirá ya de los peligros que nos amenazan y nadie nos protegerá con el escudo de su cuerpo.

Por una absurda y misteriosa conjura de circunstancias adversas, el 27 de septiembre de 1956 cesó de vivir en su Florencia, donde había nacido sesenta y siete años antes, Piero Calamandrei: una gran alma, dotada de un gran talento; el hombre cuya conciencia en los momentos de mayor tensión moral y cívica de nuestra historia reciente, fue el espejo de la conciencia de todo un pueblo.

Quiso someterse a una operación quirúrgica sin gravedad, para eliminar una fastidiosa molestia que limitaba y entorpecía su libertad de acción. Al parecer, la operación resultó bien; el decurso postoperatorio no suscitó, en los primeros días, preocupaciones; después, de improviso, la aparición de complicaciones fatales, irremediables, volvió rápidamente las cosas a lo peor. Antes de que pudiésemos darnos cuenta, había huído para siempre lejos de nosotros. Y todavía, la sensación de incrédulo es-

tupor, de desesperada turbación que se adueñó de nosotros cuando pocas horas antes del fin, alguien dijo que toda superviviente esperanza debía ser abandonada, se aferra de nuevo a nosotros más fuerte que cualquier motivo de resignación, si volvemos a recordarle. Y no puede imaginarse drama más atroz que el que se consume en la espera impotente de la conclusión de una vida, por cuya conservación habríamos ofrecido sin vacilar la nuestra.

La última palabra salida de sus labios fue el nombre de su dilecta compañera, su esposa Ada, único y tiernísimo amor de su vida. Ella podría repetir el acongojado lamento de Chamisso ("*Nun hast du mir den ersten Schmerz gethan...*"), * que Schumann revistió de música inmortal.

Hablar hoy de él, de nuestro maestro perdido, es a la vez un deber imperioso y aflictivo: la aflicción, que ha tomado bruscamente el puesto de la felicidad que nos daba verlo, escucharlo, seguir en el bordado de los dedos sutiles, en los gestos inimitables de las bellísimas y elocuentes manos el comentario expresivo de las ideas que exponía, de los hechos que narraba y de las imágenes que evocaba; y que desde que nos dejó, se ha convertido en una doliente guisa de nuestro espíritu, en un momento esencial de nuestra moralidad y en un dato de nuestra realidad.

Por ello, quien lea estas líneas, que no nos pida todavía el análisis riguroso y objetivo de sus insignes méritos de jurista, de sus superiores virtudes de ciudadano, de los diversos y múltiples aspectos de su personalidad tan singular y fascinante. Semejante análisis podrá y deberá ser hecho o intentado sólo dentro de algún tiempo, cuando en el recuperado equilibrio del sentimiento y de la razón, también la angustia que aún nos oprime haya sabido aplacarse.

¿Qué tenía, entonces, de extraordinario y de incomparable este hombre que ya no existe, para poder recoger en vida un tan amplio tributo de admiración y de afecto y suscitar a su muerte una ola tan desmesurada de dolor?; ¿qué había en el de único, que lo hacía tan necesario y tan querido?; ¿cuál era, en suma, el secreto de su grandeza?

No fue, desde luego, hombre perfecto ni fácil. Pero de él puede decirse, sin temor a equivocarse, que se supo elevar con medios sencillos y del modo más natural, por varias y diferentes vías, a un grado de perfección humana difícilmente igualable; que el camino por él recorrido,

* "Ahora me has causado el primer dolor..."

hasta el último día, fue una constante y admirable ascensión, y que su mundo interior no conoció sino lo bueno y lo bello.

El secreto de su grandeza fue la sencillez, que es la ruta más directa y segura para alcanzar la verdad. Fue más amigo de la verdad que de Platón, a quien, sin embargo, amaba no poco; y a la búsqueda de la verdad, cualquiera que fuese y dondequiera que estuviese, se dejó siempre guiar por dos fuerzas que poseía en medida excepcional y que logró fundir en perfecta armonía: la de la razón y la del corazón. Conciencia e intelecto, sentimiento y raciocinio, tuvieron en él un equilibrio tal, como en concreto es muy raro, si no imposible, encontrar.

Un inflexible rigor moral; una arrogancia indomable; un desinterés y una generosidad fabulosas; un desprecio soberano por las lisonjas; un alejamiento que a los mediocres podía parecer altivez, de las cuestiones mezquinas; una intolerancia desdeñosa respecto de la intriga; un hablar alto y abierto, llamando a cada cosa por su nombre, que cerraba la voz en la garganta a los hipócritas y a los medrosos; un intrépido sentido de independencia; una inextinguible sed de justicia, más para los demás que para sí; una absoluta e intacta coherencia de ideales y de actitudes: tales fueron siempre los rasgos salientes de su carácter.

Cualquier cosa que hiciese (¡y cuántas hizo durante su laboriosa vida!; ¡cuántas conseguía realizar durante la breve rotación de un día!), el resultado era siempre excelente y siempre llevaba la huella de su genio. Porque, precisamente, será menester que se investigue la naturaleza y los confines de su genio. Quien conozca sus obras científicas, mayores y menores; quien lo haya oído hablar en cátedra; quien lo haya tenido como adversario en las aulas judiciales; quien lo haya escuchado en discursos públicos o en conversaciones privadas, sabe bien cómo indefectiblemente florecían en su pensamiento, y en seguida recibían la forma más apta para hacerlas comprensibles a cualquiera, ideas nuevas y originales, capaces de revelar y de explicar verdades sorprendentes, de disipar errores añejos, de iluminar y resolver arduos problemas y de abrir sugestivos horizontes. No solía fiarse del puro razonamiento lógico, sino que para asistir y alimentar el incesante trabajo de la mente, acudía a los infinitos recursos de su cálida, profunda y omnipresente humanidad.

Pese a la versatilidad de su ingenio, que lo condujo a dar altas y significativas pruebas de sí en campos diversos, su vocación genuina fue la de jurista. Mas, para él, jurista no quiso decir tan sólo experto conocedor de leyes, sino ministro de la justicia, entendida ésta más como dura

y penosa lucha por la tutela de los concretos derechos individuales que como abstracto problema especulativo.

En la cátedra, en el foro, en las asambleas parlamentarias y en cada acto de la vida, se condujo como quien sabe que tiene una misión que cumplir y quiere cumplirla hasta el final, a costa de cualquier sacrificio, con ilimitada entrega de sí mismo.

Por ello fue maestro en el sentido más augusto y universal del término: por la autoridad con que, sin artificio alguno, sabía imponerse a los discípulos; por el modo y la medida en que se ponía a sí mismo al servicio de los demás; por la claridad y la honradez de su enseñanza; y, en suma, porque los alumnos sentían que le debían no sólo y no tanto lo que aprendían de él, sino, sobre todo, lo que eran, aquello en que los había convertido.

Severo consigo mismo y con las personas que ocupaban mayor lugar en su corazón, fue, en cambio, indulgente hasta la debilidad con quienes le eran espiritualmente lejanos o con quienes estimaba poco: que acaso sea esa la forma de escarnio practicada por los santos.

El fondo de su alma era como un azul y fresco cielo primaveral; pero raras veces ese cielo aparecía completamente despejado de nubes, ora ligeras y vagantes, ora oscuras y tempestuosas. En el enjuto y largo rostro de líneas acusadas y, sin embargo, atrayente por la extraordinaria vivacidad e intensidad de la mirada, la sonrisa y el enojo hacían alternativamente luz y sombra. Melancolía y jovialidad, tristeza y amable ironía, movimientos impetuosos y tranquila moderación, encantadora ingenuidad y reflexiva prudencia, agudo e incluso desesperado sentido del drama del hombre en el anhelo de estos tiempos, e inagotable espiritualidad; auténtica modestia y pleno conocimiento de la propia valía, rudeza y afabilidad, eran las peculiaridades, los contrastes y las compensaciones de su ética, de su poética y, finalmente, de su universalidad.

Si nadie fue más pródigo que él en afecto y ayuda hacia los amigos, su persona inspiró, sin embargo, siempre inmenso respeto e invencible sujeción, incluso a quienes tuvieron el privilegio de vivir junto a él y de gozar de su confianza.

Quien evoque su vida con intenciones biográficas, puede distinguir en ella tres períodos: el primero llega hasta 1924, el año en que obtuvo la cátedra florentina de derecho procesal civil; el segundo comprende desde 1924 a 1944, la época histórica durante la cual se consumó tristemente y concluyó trágicamente la experiencia fascista; el tercero abarca el último trecho de su itinerario terreno.

A cada uno de esos tres períodos corresponde el predominio sobre los demás, de un particular aspecto o momento de su personalidad y de su actividad. Y si es lícito parangonar la historia de un hombre con la de un edificio, cabría afirmar que el primer período le sirvió para echar los cimientos de su propia individualidad, el segundo para construir el cuerpo y la substancia de la misma y el tercero para liberar y proyectar al exterior, hacia un más vasto y humilde público, su precioso contenido.

Hasta 1924, su pensamiento se dirige principalmente a los estudios, lo que no le impidió participar como voluntario en la primera guerra mundial y vivir con profunda pasión los acontecimientos político-sociales de los años siguientes a 1918. Discípulo, primero, de Carlo Lessona y, después, de Giuseppe Chiovenda, de este último maestro asimiló y des- envolvió libremente el sistema y el método científicos, hasta el punto de que puede considerársele como el más fiel y devoto continuador de la escuela chiovendiana (a la cual todavía se conecta la familia entera de los procesalistas italianos, aunque dentro de la rica variedad de los temperamentos y acentos personales).

Pertenecen a esta época sus obras principales, desde la juvenil *Chiamata in garanzia* a la madura, monumental y admirable *Cassazione civile*, que consagró definitivamente su fama de jurista; desde los ensayos sobre la génesis lógica de la sentencia civil, los medios de gravamen en relación con los vicios de la sentencia y la teoría del *error in iudicando*, a aquéllos sobre el significado constitucional de las jurisdicciones de equidad, la sentencia subjetivamente compleja, el hecho notorio o el procedimiento monitorio.

En los veinte años desde 1924 a 1944, se afirma y domina como maestro inigualable en la Universidad, en el foro, en el círculo siempre más amplio de los discípulos, de los colegas y de los amigos. En torno a la cátedra hecha célebre por su enseñanza, florece una escuela que se pone en noble y fraterna emulación de excelencia con las de Roma (Chiovenda), Bolonia (Redenti) y Padua (Carnelutti), en la época de máximo esplendor de los estudios sobre el proceso civil en Italia.

Pero en esos mismos años, su cátedra no es sólo limpia y rica fuente de saber; su escuela no sólo forma buenos aspirantes para el ejercicio de las profesiones forenses: los jóvenes aprendieron de él, de su palabra y de su ejemplo, a amar la libertad y a tener fe en las leyes y en la justicia, a respetar y a defender ciertos valores perennes que la sociedad no puede perder sin que la civilización sufra ultraje y mortificación. Mantiene así encendida, durante la larga noche de la tiranía, una antorcha de

resistencia: no tan oculta que no se vea, ni tan expuesta que pueda sofocársela. Y merced a la luz de esa antorcha, muchos serán guiados, orientados e impedidos de caer.

A la obra de científico, de docente y de escritor, añade ahora con creciente éxito la actividad de abogado, y conquista en breve una posición de máximo relieve en este campo. Y mientras en el ejercicio del patrocinio profundiza los tesoros de su doctrina, extrae de la experiencia profesional continua incitación para su curiosidad de investigador, sugerencias y motivos innumerables para una serie de estudios brillantes, geniales y profundos, que sirven de corolario a los precedentes trabajos de mayor mole y constituyen su exquisita contribución de pensamiento al perfeccionamiento del método científico aplicado a la investigación jurídica. Nacen entonces, uno tras otro, modelos insuperables de finura, de agudeza y de elegancia, los bellísimos ensayos sobre el proceso civil inquisitorio, la sentencia de condena, la condena genérica en daños y la sentencia como hecho jurídico, por un lado, y como acto de ejecución forzosa, por otro; la magistral monografía sobre las providencias cautelares; los estudios sobre la sentencia declarativa de quiebra, el juez y el historiador, la relatividad del concepto de acción y la sentencia como medio de prueba; en fin, los dos primeros volúmenes de las cristalinas *Istituzioni di diritto processuale civile*, que, por desgracia, quedaron inconclusas.

Más tarde (poco antes de dejarnos para siempre) diría: "La experiencia forense es para el estudioso un continuo estímulo en la investigación científica y una revelación inagotable de problemas, que ninguna fantasía de teórico conseguiría jamás imaginar. Lo poco que he hecho en el campo científico débese en gran parte a la abogacía, que me ha dado día tras día el modo de comprobar en la realidad práctica la bondad y la racionalidad de las construcciones teóricas".

Esta fórmula metodológica, ciertamente no nueva, pero por él experimentada con resultados singularmente felices, hizo que sus ensayos fuesen leídos a la vez con gusto y con provecho, obteniendo una notoriedad excepcional en los ambientes forenses.

Desde el estallido de la segunda guerra mundial hasta la liberación de Florencia, vivió nutriéndose de ansia, de angustia y de esperanza. Y cuando después de 1944, pueblo y país se pusieron con presteza a reconstruir lo que el fascismo y la guerra habían destruido en cosas y en conciencias, se lanzó, sin preocuparse de fatigas, incomodidades, incomprendimientos y desilusiones, con el entusiasmo de un joven, a la cívica competición democrática para el triunfo de los ideales que había custodiado en sí y difundido en torno a él.

Este período, que arranca de 1944 y llega al día de su muerte, ha sido el de actividad más febril: el tiempo de la cosecha.

En la consulta, en la Constituyente, en la Cámara de Diputados, en la Academia de los Linceos, en la Presidencia del Consejo Nacional Forense, en la patria y fuera de ella (en Austria, Inglaterra, México, China o Francia), su figura sobresalía como la de uno de los mayores protagonistas de la renovación política, moral y espiritual de nuestra sociedad nacional. Y si en el último decenio de su vida ha defendido como ningún otro lo ha sabido hacer, la gran causa de la resistencia **contra pérfidos** ataques con discursos memorables, con arrolladores informes en procesos clamorosos, con nutridos y vigorosos ensayos histórico-políticos, con epígrafes soberbios; si ha aparecido a veces lleno de desdén y de pasión de parte; si ha aceptado el peso, las amarguras y los sacrificios de la milicia política, distinguiéndose entre todos en las primeras asambleas de la resurgida democracia italiana (porque no es cierto, no lo es, que no tuviese auténtica vocación política; fue, por el contrario, el hombre político ideal de una república ideal, a cuya práctica edificación según el modelo que le parecía preferible, consagró, hasta el extremo límite de las fuerzas, todo su ser); si pudo por sí solo ser una de las causas determinantes de algunos hechos decisivos del ciclo histórico todavía en curso de desenvolvimiento en nuestro país (ninguna aportación individual ha sido tan válida como la suya para el advenimiento de la forma institucional republicana; ninguna contribución singular tuvo la importancia de la suya en las labores de la Constituyente; ninguna voz ha sido más escuchada y eficaz que la suya en pedir cumplimiento y respeto para la Constitución; y, sobre todo, nadie supo actuar como él ni tanto como él **para convertir** en realidad la Corte Constitucional): todo ello no sucedió sólo para cumplir un voto solemne hecho a los muertos y a los vivos de la Resistencia, sino también porque en el vario y rico tejido de dicho movimiento corría un hilo robusto que tenía en él su origen, que provenía de la fábrica de conciencias que fue su escuela y que era fruto de su magisterio.

Y esa fue también la época de nuestro creciente cariño hacia él, la de nuestra ilimitada admiración por lo que con sus solas fuerzas conseguía llevar a cumplimiento. La actividad política, los cuidados y las responsabilidades públicas, el trabajo profesional, no le impidieron ofrecer todavía a la ciencia y a la cultura ajenas presentes de inestimable valor. El primero consistió en haber abierto a la indagación científica un sector, nuevo para nosotros, de interesantísimas investigaciones: el del **derecho judicial** (o procesal) constitucional. El segundo, en haber creado una revista político-

literaria por él intitulada *Il Ponte* (el rótulo quiere significar que no existen orillas, por muy lejanas y opuestas que sean, entre las cuales el honrado esfuerzo del pensamiento humano no consiga establecer un contacto y un vínculo que consienta, por encima de los también necesarios contrastes, la concordia y la unión), que ha representado un animoso y generoso estandarte de independencia y de no conformismo, y donde las ideas a él caras de libertad, paz, igualdad y progreso social han sido expresadas con rara nobleza de acentos.

Durante veinte años, a partir de 1936, hemos sido vecinos suyos en esa relación tan especial de intimidad que se establece entre discípulo y maestro: una relación que no se parece a ninguna otra. Su sola presencia nos bastaba para dar un sentido a nuestra vida, un orden a nuestro trabajo, una finalidad a nuestra lucha; para sentirnos serenos, confiados y alegres. Y no pensamos, no nos dimos cuenta de que la fatiga sobrehumana acabaría fatalmente por consumir su vigor; no comprendimos que cuanto más crecía su existencia en luz y en valor, tanto más quedaba sin defensa contra imprevistos asaltos del mal. El embeleso con que seguíamos la obra incansable en que estaba ocupado nos volvía ciegos.

Pudo así suceder que al primer choque el delicado equilibrio de su organismo se quebrantase sin remedio y para siempre. Estaba hecho de un cristal que no soportaba resquebrajaduras.

Y sin embargo, al conmemorar en junio de 1955 al amigo Giorgio Querci con un discurso que produjo enorme impresión en quienes tuvieron la ventura de oírlo, quiso darnos una advertencia. "En una edad como la mía —dijo—, a estas partidas de amigos, que cada día se hacen más frecuentes, debemos habituarnos: nos sentimos cada vez más, a medida que pasan los años, como las retaguardias de una tribu ya emigrada, cual si estuviésemos en el muelle del puerto esperando la barca que venga a recogerlos a nosotros también; ya la vemos en el horizonte, con su vela morena."

Afloran como en un sueño a la superficie del recuerdo estas palabras presagiosas, con el sonido triste de la voz que las iba diciendo. Pero, en realidad, ninguno de nosotros pensó en serio en la idea de que fuese a desaparecer, de que nos pudiese dejar solos. Si la idea se nos hubiese presentado en la mente, la habríamos desechado como absurda.

Y he aquí que de improviso, esa idea no pensada y no pensable se convierte en realidad, se impone antes de ser propuesta, con la des-

piadada e inexorable dureza de la realidad. "En una edad como la mía . . .": ¿tienen, pues también una edad los espíritus eternos?

Ahora su nombre torna de continuo en nuestras conversaciones; su imagen está siempre entre nosotros e incesantemente nuestro pensamiento se dirige a él, se nutre de él en el pesar, busca y evoca desde el fondo de la memoria las palabras, los gestos, los episodios que oímos, vimos y vivimos en la costumbre cotidiana de tantos años con él. Pero él estuvo presente y vivo en nuestro espíritu como ahora, y como ahora habitó en nosotros. ¿Es éste, acaso, el verdadero significado de la inmortalidad?

Tenemos aquí, apenas llegado, fresco y oloroso de imprenta, todavía sin distribuir al público, el sexto volumen de sus *Studi sul processo civile*, dedicado a quienes se aprestaban, con recocijo de corazón, a festejar la cuarentena cumplida de su enseñanza universitaria, con una colección de escritos compuestos para él y ofrecidos a él en homenaje, según una bella tradición académica. Supo con alegría profunda la noticia de ese tributo de reverencia y de devoción que colegas y discípulos querían brindarle, y en seguida, con la infinita delicadeza de su alma, pensó en el afectuoso trueque.

En ese volumen se reúnen los escritos más recientes: desde el brillante discurso sobre *Processo e giustizia*, con que inauguró el I Congreso internacional de procesalistas, celebrado (y no por acaso) en Florencia en 1950, al memorable y fundamental ensayo sobre *Corte Costituzionale e Autorità Giudiziaria*, y a las dos últimas notas a sentencias aparecidas en la "Rivista di diritto processuale" pocos días antes de su fin. La segunda parte de la obra está íntegramente ocupada por nueve *Ricordi di giuristi*: conmemoración de Maestros y de amigos desaparecidos, compuestos como él sólo sabía hacerlo: Chiovenda (dos), Cammeo, James Goldschmidt, Orlando, Livio Bianco, Querci, Mayno, Couture.

Ha sido esta la postrera lección. A la fiesta, que con ansiedad secreta aguardaba, se preparó más seriamente que todos, con el severo empeño que rubricaba cada uno de sus actos; y más solícito que todos, llegó con anticipación a la cita, con su precioso obsequio: lo ha dejado para nosotros y se ha marchado presuroso, como siempre.

En ese episodio, que concluye y resume su existencia terrena, está contenida la medida de su grandeza. No hemos sido nosotros a él, sino él a nosotros quien ha conseguido darnos la sorpresa, como si en la afanosa carrera contra el tiempo que conducía desde hacía años, le hubiese resultado ya inaplazable por un instante más la urgencia de reunirse

a las queridas y grandes sombras que poblaban su espíritu. Y si la reflexión bastase para dominar el turbamiento del corazón, pensaríamos hoy que no conoció la decadencia y que un destino respetuoso de su arrogancia quiso ahorrarle las en otro caso inevitables minoraciones de la vejez, haciéndole desaparecer en el pleno vigor de sus energías, casi para mostrar que había alcanzado una cumbre humanamente insuperable.

Pero la reflexión es débil rémora para nuestro desconsolado pesar. Sólo la fidelidad a la regla moral, que fué la enseña immaculada e inconfundible de su vida y que al morir ha querido transmitirnos, podrá de ahora en adelante darnos consuelo y paz.